

Europa

28



Mujeres
escriben
sobre el futuro
de Europa

UN PROYECTO DE
HAY FESTIVAL

Galaxia Gutenberg

HAY
FESTIVAL
EUROPA28

Europa28

Mujeres escriben sobre el futuro de Europa

Traducido por
Begoña Prat Rojo

Galaxia Gutenberg

HAY
FESTIVAL
EUROPA 28

W arts M

Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea



El apoyo de la Comisión Europea para la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, el cual refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en la misma.

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Europa 28. Writing by Women on the Future of Europe*
Traducción del inglés: Begoña Prat Rojo

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2020

© de los textos: sus autoras, 2020
© de la traducción: Begoña Prat Rojo, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Fotocomposición Gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdager, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12070-2020
ISBN: 978-84-17971-54-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Introducción

Las mujeres vemos las cosas de una manera distinta. No podría ser de otra forma. Igual que todo el mundo, integramos nuestras experiencias únicas a la percepción de cualquier problema. El rico y minucioso tapiz de quiénes somos está compuesto de todos y cada uno de los momentos que hemos vivido, sentido, visto, experimentado y sufrido. Eso influye en el modo en que vemos las cosas. Y no podemos mirar el mundo a través de los ojos de nadie que no seamos nosotras mismas.

Por lo general, no pensamos demasiado en el hecho de que cada uno ve las cosas de manera distinta. Aceptamos las «verdades que duelen» o la sabiduría convencional. Acabamos por creer que las certezas que esgrimen las voces con más peso son incuestionables, que el relato que se nos presenta hoy en día para definir el «estado de Europa» es un hecho.

Así pues, es posible que resulte sorprendente contemplar nuestro mundo tan solo a través de la mirada de las mujeres, como sucede en las páginas de este libro. Ver una Europa tan alejada del relato excesivamente simplista, binario y formal que se nos presenta en los últimos tiempos. Enfrentarnos a ella nuevamente para apreciar sus partes fracturadas, frágiles, en peligro y perfiladas. Reconocer sus defectos y sus riquezas, sus dones y sus costes, sus retos y su belleza. De ese modo, tal como dice Asja Bakić: «Se la ve... frágil».

También resulta esperanzadora.

No podemos reconstruir aquello que no vemos con claridad. No podemos desafiar las injusticias invisibles ni esperar curar las heridas que no somos lo bastante valientes para examinar. No podemos resolver un problema sin nombre, ni abordar las necesidades de un grupo informe de personas a las que atribuimos la

vaga etiqueta de «abandonadas» porque somos demasiado perezosos para averiguar quiénes son.

Para evaluar dónde nos encontramos y seguir adelante, debemos encontrar nuevas maneras de ver el mundo que nos rodea. Nuevas maneras de mirar tanto Europa como el mundo que queda más allá de ella, y la voluntad de forjar formas nuevas de habitar ese lugar. Tal como escribe Hilary Cottam: «Tal vez las respuestas se hallen en un tipo de pensamiento distinto, o mágico, si se quiere».

A través de la mirada de las mujeres, podemos empezar a ver las cosas de un modo distinto. Resulta sorprendente, porque lo que hacemos por defecto es verlas a través de la mirada masculina, sin ni siquiera ser conscientes de ello. Las portadas que nos proporcionan los boletines diarios de noticias, los laboratorios de ideas que nos dan consejos, los políticos que pontifican y los chismorreos de los bustos parlantes: todos ellos parecen proporcionarnos un amplio espectro de perspectivas. Pero lo cierto es que no hacemos más que oír una y otra vez a la misma gente. No solo porque sus puntos de vista a menudo se basan en un mismo origen socioeconómico, geográfico, étnico y educativo, sino también porque, en los debates parlamentarios sobre el Brexit que se produjeron en el Reino Unido, por ejemplo, el noventa por ciento de las opiniones las daban hombres.¹

Como puede atestiguar cualquier aficionado a Instagram, cuando pasas el tiempo suficiente mirando algo a través de un único filtro, puede suponer una conmoción cambiar a una nueva perspectiva. Lo que se nos presenta como real puede estar completamente distorsionado por los retoques, pero si eso es lo único que vemos, no tardamos en aceptarlo como la verdad. Eso es lo que refleja la imagen meticulosamente creada que, aun así, es irreal del relato de Nora Ikstena, en el que los ojos de una Europa joven se abren brutalmente a una nueva realidad. Para un continente cuyo nombre procede del mito de una violación, verse obligado a mirarse de nuevo a sí mismo a través de la mirada de las mujeres es un concepto innovador y necesario.

1. <https://www.theneweuropean.co.uk/top-stories/womens-voices-not-being-heard-in-brexit-debate-say-peoples-vote-campaigners-1-5734570>

«Lo que la sociedad europea necesita desesperadamente en la actualidad es la posibilidad de respirar hondo y empezar a pensar más allá del día de hoy, la posibilidad de verse a sí misma de una manera distinta, en una constelación y un orden social distintos», escribe Apolena Rychlíková.

Mirar el mundo a través de unos ojos distintos es un reto y puede vivirse como una ofensa. Los escritos que se incluyen en este libro no siempre son fáciles de leer. Son duros, desafiantes y complejos. Tal y como debería ser cualquier buena solución. Nos animan a mirar Europa desde una nueva perspectiva, a cuestionar aquello que damos por supuesto y las limitaciones de lo que creíamos que era posible.

Nos retan a distanciarnos de una visión dura y áspera que solo tiene en cuenta los factores económicos, las cifras, las divisas y los movimientos del mercado, y en lugar de ello pensar en tanto que personas. Pensar con una nueva visión, en los términos de la «vivibilidad» –de la comunidad– de Janne Teller, en el simple anhelo de lo que Apolena Rychlíková describe como una «vida digna y completa».

No podemos conseguir un futuro de paz y prosperidad sin afrontar los pecados del pasado. Estas mujeres nos animan a reconocer nuestros propios fallos y errores; a examinar, por ejemplo, lo que Gloria Wekker describe como «la total falta de vergüenza en las actitudes políticas europeas hacia los no europeos. Tanto durante la época colonial como ahora». Renata Salecl nos propone la incómoda tarea de reconocernos a nosotros mismos como una versión de los antivacunas, dependientes de las tendencias de los demás para tomar decisiones menos egoístas con el objetivo de poder perpetuar nuestro despiadado individualismo. Estas escritoras nos ponen ante un espejo en el que no resulta fácil mirarse.

En estos escritos, surge una y otra vez la cuestión de la mirada. ¿Hacia dónde elegimos mirar? Y ¿cuándo nos permitimos desviar la mirada? ¿Decidiremos enfrentarnos a la urgencia del desastre climático o enterraremos la cabeza en la arena hasta que sea demasiado tarde? ¿Somos lo suficientemente valientes como para mirar directamente a la demoledora brecha que hay abierta entre

nuestros ciudadanos más ricos y los más pobres, y admitir las duras realidades que la han hecho más profunda? ¿Podemos seguir contemplando la muerte de inocentes en nuestras fronteras con poco más que una curiosidad desapegada mientras ellos nos suplican que los dejemos entrar? Qué humillante y qué trágico, como dice Leïla Slimani.

Nada de esto es fácil. Tereza Nvotová deja claro que hará falta *persistencia*. O, como explica Edurne Portela, tan solo lo conseguiremos si nos vemos literalmente obligados a tropezar con los dolorosos recordatorios de la resistencia del pasado para poder escribir un tipo de futuro distinto para nosotros.

También será necesario unir fuerzas. Antes de leer los textos de *Europa28* no había experimentado en ninguna parte esta estimulante mezcla de política y ciencia, filosofía y economía, ética y arquitectura. La tendencia moderna es afrontar los problemas desde un único ángulo. Analizar en profundidad soluciones cortas de miras basadas en una única disciplina. Pero del mismo modo que los pueblos y países de Europa no constituyen un bloque homogéneo, y aun así deben unirse para crear algo que tenga una identidad propia, una magia propia, es necesario coger un poco del poder de cada una de estas formas de ver el mundo para encontrar nuestro camino. Nos harán falta tanto hechos como ficciones si decidimos admitir la realidad de nuestra situación y seguir teniendo la audacia de soñar con una nueva manera de existir.

Si queremos llevar a cabo las promesas que nos ofrecen las mujeres pensadoras, también debemos plantear preguntas difíciles. Una cosa es celebrar las ideas y avances de las mujeres, y otra llevar a cabo el trabajo necesario para permitir que se materialicen. ¿Estamos preparados para realizar los cambios culturales y estructurales necesarios para abrir un camino para las mujeres como aquellas cuyas palabras aparecen en este libro? ¿Les permitiremos realizar su potencial contribución para nuestro futuro compartido?

Durante demasiado tiempo hemos pedido a las mujeres que realicen el trabajo de desarticular su propia opresión, una inteligente trampa que de puertas afuera permite tomar conciencia del problema mientras que en realidad lo que hace es cargar aún más

la responsabilidad sobre sus víctimas. ¿Cuántas magníficas contribuciones a nuestra sociedad, cultura, política y tecnología se han eliminado o perdido debido a la cantidad de tiempo, energía y espacio mental dedicados a recuperarse del acoso, evitar a los depredadores y ocuparse de los traumas? ¿Qué tesoros nos hemos robado a nosotros mismos al tiempo que cargamos a las mujeres con un abuso tras otro, en una montaña de indignidades cada vez más alta hasta que sus manos acaban tan llenas que otras cosas comienzan a caerse?

¿Seremos valientes? ¿Seremos honestos? ¿Encontraremos la forma de escuchar? ¿Nos miraremos a nosotros mismos? No es fácil tomar decisiones en ese sentido pero mujeres como las que aparecen en este libro están dispuestas a liderar y guiarnos, si se lo permitimos. No obstante, nuestros líderes no son mujeres. Su escasez en los parlamentos es palmaria: faltan sus voces y su sabiduría, sus perspectivas y su pasión, su capacidad de superar las divisiones y encontrar un terreno común y conocido. Las castigamos, les cerramos las puertas y sentimos hondamente su ausencia. Mujeres de color, transexuales, discapacitadas y pobres, sobre todo. Las voces que más falta nos hace escuchar son las que condenamos al ostracismo y a las que atacamos. Aun así nos hemos quedado en un rincón, con nuestras armas reglamentarias. La solución debe ser creativa. Necesitaremos mentes distintas y nuevas historias con el fin de pasar página.

¿Las encontraremos?

Gloria Wekker escribe: «La cuestión, en definitiva, es si permitimos que nuestros miedos y preocupaciones más innobles definan quiénes somos como europeos». Con la ayuda de perspectivas nuevas y diversas, de la valentía de afrontar nuestra propia culpabilidad y la determinación de desafiar las barreras de la desigualdad, podríamos definir una nueva Europa basada en nuestras mayores esperanzas.

LAURA BATES

Londres, octubre de 2019

GRECIA

Ahora puedo contaros mi historia

SOFIA KOUVELAKI

Estoy escribiendo esto porque, hace un tiempo, se lo prometí a un niño de doce años de Afganistán. Se llama Hamid. Le prometí a Hamid que compartiría esta historia.

Hamid se marchó solo de Kandahar, en Afganistán, para venir a Europa. Dejó atrás a sus padres, a sus cinco hermanos y el terror impuesto por los talibanes, quienes quemaron vivo a su mejor amigo ante él. Fue en ese momento cuando Hamid decidió abandonar su ciudad. Era un estudiante excelente y lo consideraban el más prometedor de todos sus hermanos. Deseaba una oportunidad de tener una vida, de dejar de luchar por la mera supervivencia. No quería vivir con miedo todos los días de su vida. Estas fueron sus palabras:

He caminado hasta Turquía a través de los valles, las montañas y los desiertos de tres países. Al cabo de cuatro meses, he alcanzado la costa. Nunca antes había visto tanta agua. El pequeño bote que nos llevaba a Grecia estaba lleno de personas. Las mujeres y los bebés lloraban. Gracias a Dios llegamos con vida, pero la policía nos detuvo. Yo acabé en la cárcel. Me resulta difícil pensar en los muchos días que permanecí allí. ¿Qué mal había hecho?

Hamid estuvo detenido junto con otros cuarenta menores durante dos meses en Amygdaleza, un centro de detención para refugiados en Grecia. Tras su liberación, vivió como un vagabundo durante cinco meses, en Pedion tou Areos, uno de los parques públicos más grandes de Atenas.

Volvía a estar solo. Al principio dormía en el parque. Cada noche se me acercaban varios hombres que bebían cerveza y consumían drogas.

Una noche vino un viejo y me ofreció veinte euros para que me fuera con él. Yo eché a correr para escaparme. Estaba asustado. No sabía qué hacer o adónde ir. No tenía papeles, así que también tenía miedo de la policía. Me pasé toda la noche andando. Intenté pedir ayuda, pero nadie hablaba mi idioma. Alguien me llevó al centro para vagabundos de la plaza Omonoia. Con mi limitado inglés, entendí que no había sitio para mí, así que tuve que irme. Empecé a dormir en una de las esquinas de la plaza. El día de Navidad, conocí a Amadou, que me llevó al Proyecto HOME. Ese fue mi mejor momento en Atenas. Desde entonces todo ha cambiado y ahora puedo contaros mi historia.

Hamid acabó en uno de nuestros refugios, así que en cierto modo él es uno de los niños refugiados que han tenido «suerte». Por desgracia, no ocurre lo mismo con la mayoría de los niños. Hamid es uno de los superhéroes de la actual crisis de refugiados que padece Europa. Es uno de los miles de niños que viajan solos, en el movimiento demográfico más masivo desde la Segunda Guerra Mundial. Es lo que en términos oficiales llamamos «menores no acompañados». La escala del éxodo que protagonizan es monstruosa. Las razones por las que viajan solos varían de un caso a otro. Muchos han perdido a sus padres en el camino, a otros los han enviado lejos para huir de la guerra, la pobreza o la persecución. Lo que buscan estos niños es un futuro mejor. Se enfrentan a travesías épicas que intimidarían al más fuerte de los adultos. Al viajar solos y sin protección, se exponen a toda clase de peligros, desde el maltrato infantil al tráfico de órganos pasando por la explotación sexual.

Lo que espera a los niños refugiados al otro lado de su travesía son las fronteras cerradas de Grecia, donde hay una carencia crónica de instalaciones y servicios de asistencia social para acomodarlos y proporcionarles la necesaria infraestructura de seguridad.

Desde comienzos de 2015 han llegado a Europa más 1.800.000 personas.

Se han perdido más de 15.000 vidas mientras cruzaban el Mediterráneo.

Se cree que muchos de los muertos son niños, y muchos viajaban solos.

El término *crisis migratoria* o *de refugiados* no sirve ni de lejos para describir la complejidad de este fenómeno. El cuarenta por ciento de los refugiados que llegan son niños. Entre ellos –no sabemos con exactitud cuántos son y eso es parte del problema– hay miles de niños que viajan y llegan a Europa solos. A una gran cantidad de ellos no se los registra y se los priva así de cualquier sistema de protección. Desde 2015, 150.000 menores no acompañados han pedido asilo en la Unión Europea (Eurostat).

Hamid es uno de los 25.081 menores no acompañados que se han registrado oficialmente en Grecia desde el comienzo de 2016. Y a pesar del descenso de llegadas de refugiados a Grecia tras el acuerdo con Turquía, el número de niños que viajan solos y llegan a Grecia ha aumentado. Con las fronteras cerradas, estos niños ahora se han quedado atrapados en Grecia. Y el problema es que todas las unidades de alojamiento pertinentes han alcanzado su capacidad máxima.

Mientras escribo, más de 3.700 niños refugiados no acompañados viven sin casa y con una urgente necesidad de protección y apoyo. Están diseminados por todo el país: viven en las comisarías, los centros de detención, en campos, sin acceso a la atención básica, a servicios, y sin información sobre sus derechos. Cohabitan con adultos en condiciones atroces y sufren todo tipo de violencia sexual, física, emocional y psicológica.

Estos niños son las víctimas de un ciclo de violencia. Comenzaron huyendo de la violencia, pero a menudo vuelven a experimentar la en cuanto llegan a las fronteras europeas. Suelen padecer el síndrome del «héroe herido». Han conseguido llegar a lo que ellos creían que era la tierra prometida, donde creían que los problemas terminarían, y aquí tan solo encuentran más violencia, inseguridad y abusos. Los niños que llegan a nuestros refugios a menudo están más traumatizados por las experiencias que han vivido tras su llegada a Europa que por las que padecieron durante su peligrosa travesía, o en su hogar.

¿Qué es un niño refugiado? Es un niño o una niña con una necesidad urgente de refugio, un niño o una niña con una urgente necesi-

sidad de un hogar. En el Proyecto HOME no trabajamos con refugiados, no trabajamos con migrantes, trabajamos con niños, niños a los que han marginado hasta el punto de la invisibilidad. Las siglas HOME corresponden a las palabras *Help, Overcome, Motivate, Empower*,¹ que es lo que tratamos de hacer con todos los niños con los que trabajamos cada día. Nuestra misión es proporcionar apoyo, protección, servicios de educación y de integración social a niños que viajan y llegan a Grecia solos. En la actualidad mantenemos en funcionamiento once refugios (siete para chicos, dos para chicas y madres menores con sus hijos, uno para niños más pequeños y uno para los que superan los dieciocho años de edad). Un total de 11 refugios para 220 chicos, y hemos generado más de 140 puestos de trabajo, la mitad de los cuales los desempeñan personas de la comunidad de refugiados. Con nuestras acciones, hemos demostrado que sí existen soluciones. Que las soluciones son posibles.

El modelo Proyecto HOME se basa en tres pilares:

1. Una red holística de servicios de protección al menor que cubre necesidades básicas como comida, techo, suministros materiales y médicos, y también servicios sociales, legales, de salud mental y de integración social. Todos los chicos que hay en nuestros refugios consiguen un acceso inmediato a la escuela y acuden a la escuela pública en Grecia.
2. Creamos trabajos para refugiados además de para griegos. Para integrarse en cualquier sociedad, las personas necesitan una casa, pero también un trabajo. El cincuenta por ciento de los empleados de nuestros refugios son refugiados. Así se convierten en modelos a imitar para los chicos, pues demuestran con los hechos que puede existir un futuro para ellos.
3. Generamos valor para la economía local. Por toda Grecia hay numerosos edificios que no se utilizan o no se alquilan y que están en condiciones relativamente buenas. Hemos sumado valor a la propiedad inmobiliaria al tiempo que

1. Ayudar, Superar, Motivar, Empoderar. (*N. de la T.*)

pagamos el alquiler mínimo y aliviarnos a los dueños de parte de la carga del infame impuesto griego a los bienes inmuebles, el ENFIA.

En el Proyecto HOME, hemos creado las condiciones para una situación beneficiosa tanto para los niños refugiados como para la población griega. Nuestro objetivo es generar entornos que permitan curar las cicatrices y plataformas de inclusión, de desarrollo de habilidades y de empleo, todo lo cual posibilita una forma de integración más orgánica que facilita la integración en la comunidad. Desde nuestro punto de vista, esta es la única manera de luchar contra el racismo, la xenofobia y las reacciones violentas locales.

Hay tres elementos clave en nuestro trabajo:

1. *Empatía*: Mantenemos un contacto constante con los chicos (y adultos) a los que ayudamos, pero también con las personas que trabajan con ellos sobre el terreno en primera línea de esta crisis de refugiados. Tenemos que permanecer cerca de ellos para atender sus necesidades de desarrollo de la forma más adecuada.
2. *La creación de una comunidad positiva de apoyo para estos niños*. Juntos, como europeos, podemos lidiar con esta crisis de una manera mucho más eficaz. El Proyecto HOME coordina y forja asociaciones efectivas entre todos los inversores efectivos, las ONG, los donantes privados, las empresas, los medios de comunicación y las organizaciones y fundaciones nacionales e internacionales. Funcionamos como una plataforma que aporta soluciones y también como un canal a través del cual la ayuda puede llegar a aquellos que la necesitan con más urgencia.
3. *La eficacia y rapidez de las operaciones*. Cada minuto, doce niños refugiados se hallan en situación de tener que desplazarse en todo el mundo. Se trata de una población muy, muy vulnerable que vive literalmente al límite. Cada minuto que pasamos dándole la espalda a este problema se cobra una factura muy alta en forma de vidas humanas.

¿Qué harías tú si las bombas cayeran junto a tu casa? ¿O si el ISIS quisiera militarizar a tu hijo de diez años? ¿O si los talibanes pretendieran casar a tu hija de ocho años? ¿Qué harías?

No escribo esto para escandalizar, molestar o entristecer a nadie. Tan solo quiero pedirle a la gente que no mire hacia otro lado, que no mire hacia otro lado y siga mostrando la misma pasividad sobre la violencia que se produce a nuestras puertas como europeos. En el Proyecto HOME, no solo proporcionamos un hogar seguro, también les damos voz a los niños que están solos, los visibilizamos y los validamos.

No hay más tiempo que perder. Esta crisis está ocurriendo de verdad. Apoyar y empoderar a estos niños implica oponer una resistencia diaria a la violencia que se ejerce sobre ellos. Esa es la promesa que le hicimos a Hamid. Esa es la promesa que le hacemos cada día a Omar, Amadou, a Alí, Osman, Bekir, Fariz, Mamadou, Diyar, Taha y a todos los chicos de nuestros refugios.

Estos niños podrían ser nuestros hijos. Darles la espalda es como si renunciáramos a la esperanza, al amor, a un mundo mejor. ¿En qué clase de mundo queremos vivir? ¿En qué clase de mundo queremos que vivan nuestros hijos? Estos niños son el futuro del mañana.

HUNGRÍA

Reflexiones sobre la fuerza motriz del fuego

ZSÓFIA BÁN

En la gélida noche del 23 de noviembre de 1823, Sadi Carnot se despertó sobresaltado. Otra vez ese sueño, el que llevaba semanas teniendo. Por la mañana era incapaz de recordar nada y lo único que le quedaba era la sensación de que volvía a ser el mismo. Su cuerpo lo recordaba; su mente estaba en blanco. Se estremecía y jadeaba, deseando con todas sus ansias liberarse de aquella sensación agobiante e inquietante, pero no sabía cómo hacerlo. Fuera, París estaba sumido en el letargo, y los únicos que se movían a esa hora, las dos y media de la madrugada, eran los panaderos. La sudada camisa de dormir de Sadi se le pegaba a su cuerpo larguirucho. Un cuerpo delgado que nunca había conocido el contacto con una mujer, ni siquiera ahora, a los veintisiete años. El deseo, sin embargo, lo sorprendía cada noche y lo arrasaba como un incendio abrasador. Entonces, de repente, le vino a la cabeza: «Era eso –gritó–. ¡Ese era mi sueño!». Y mientras pronunciaba estas palabras, las imágenes comenzaron a llenar su mente, a llover sobre él implacablemente. Sadi cerró los ojos, petrificado, y reflexionó sobre esas imágenes tan nítidas mientras estas revoloteaban a su alrededor.

El nombre completo de Sadi era Nicolas Léonard Sadi Carnot, pero todo el mundo lo llamaba Sadi. De más joven, le había sorprendido –e irritado en secreto– que su padre, el ilustre matemático, el ingeniero brillante, el intrépido líder del Ejército Revolucionario y miembro del Directorio, hubiera decidido ponerle a su hijo el nombre de un poeta persa del siglo XIII. ¿En serio? ¿Un poeta persa? ¿Por qué no un general, por qué no un académico o un filósofo? ¿Qué tenía aquel persa para haber impresionado tanto a su padre?, se preguntaba. Había registrado la biblioteca de su padre y hasta el último rincón del Petit Palais, pero no había en-

contrado ninguna obra del poeta persa. Ni siquiera la *Encyclopédie* le ofrecía más que esto: «Poeta persa del siglo XIII, llamado el Maestro del Lenguaje». [Esta es una entrada corta.] ¿Qué podía hacer? Al final, había hecho las paces con su nombre. Pero cuando a los dieciséis años empezó en la École Polytechnique, el primer día de clase otro niño reveló su nombre secreto y la gente comenzó a llamarlo «árabe», cosa que enfurecía tanto a Sadi que... ¿cómo decirlo?... le dio un tortazo. Más tarde se avergonzó y se disculpó con toda la ceremonia necesaria, y eso le valió el respeto de los demás pero ni una sola amistad. Un patriota e hijo de la Revolución debía tener una mente abierta y ser generoso, pensaba el flacucho y pequeño Sadi. A partir de entonces, se quedó con aquel nombre.

Mientras la descarnada nitidez de aquellas violentas imágenes de fuego comenzaba a desvanecerse, Sadi tomó una decisión repentina. Bajó de un salto de la cama, se echó en la cara agua fría de la tina de porcelana de Delft, se la secó con una toalla y luego se dirigió a su escritorio de roble, cubierto de diagramas, cálculos y notas. Cogió pluma y papel y anotó lo que había visto en su sueño. Esto es lo que escribió:

Todas las miradas estaban alzadas hacia la iglesia. Contemplaban una visión extraordinaria. En lo alto de la galería superior, por encima del rosetón central, había una gran llama que se alzaba entre dos torres con remolinos de chispas, una enorme, desordenada y furiosa llama, una de cuyas lenguas se convertía de vez en cuando en humo debido a las rachas intermitentes de viento. Debajo del fuego, debajo de la lúgubre balaustrada con los tréboles que destacaban de manera sombría en contraste con el resplandor, dos bocas con una garganta monstruosa vomitaban incesantemente aquella lluvia ardiente, cuyo rastro plateado destacaba contra las sombras de la fachada inferior.

A medida que se acercaban a la tierra, estos dos surtidores de líquido se desparramaron en haces, como si el agua brotara de los mil agujeros de una regadera. Por encima de la llama, las enormes torres, los perfiles de dos de cuyos lados eran visibles, uno enteramente negro, el otro completamente rojo, parecían aún más enormes debido a la inmensa sombra que proyectaban sobre el mismísimo cielo.

Las innumerables esculturas de demonios y dragones adoptaron un aspecto lúgubre. La luz incesante de la llama hacía que se movieran. Eran grifos que parecían reírse, gárgolas que uno podía imaginarse aullando, salamandras que resoplaban por el fuego, tarascas que estornudaban por el humo. Y entre los monstruos que las llamas y el ruido habían despertado de su sueño de piedra había uno que se paseaba de un lado a otro y al que de vez en cuando se veía pasar junto a la reluciente cara del pilar, como un murciélago delante de una vela.

En ese momento a Sadi lo asaltó un estremecimiento y sintió frío, así que se ciñó la camisola al cuerpo. Estaba sobrecogido por la sensación de que esta visión –aunque ¿de verdad se trataba de una visión?–, lejos de apaciguar el horrible fuego que aparecía en su sueño, lo que hacía era avivarlo. ¿Qué se podía hacer con un sueño o con los efectos que dejaba tras de sí? Era como si alguna clase de fuerza hubiera surgido de la conflagración y el calor, y hubiera guiado su pluma sobre el papel. Escribía como movido por una misteriosa energía –de la cual también escribió a su vez– y luego el horror lo superó. No, se dijo con un escalofrío, no puedo hacer esto. Ningún ex alumno de la *École Polytechnique*, máximo exponente de las ciencias prácticas, podía permitirse algo así. Era una locura. O al menos eso sería lo que dirían más adelante, cuando alguien viniera a llevárselo y encerrarlo en un manicomio. La policía secreta del tribunal serían ellos. Dirían que se trataba de una obsesión, una manía. Le abrirían una vena y colocarían sanguijuelas sobre su cuerpo. Ahora tenía que encontrar otra escapatoria, y rápido. Tenía que haber una fórmula que le ayudara a controlar aquella experiencia en concreto, al tiempo que la preservara, junto con la energía y el poder que había obtenido. Tenía que haber algo digno de un ingeniero, hijo de un matemático y revolucionario, algo para evitar su encierro inmediato en el manicomio (que era un miedo que siempre lo acechaba). Algo para encajar una ley invisible en un envoltorio adecuadamente científico, para hacerlo visible. Algún miedo para poder contar la verdad sobre el fuego, la luz y el calor, que eran fuerzas que movían el mundo, no una locura ni un sacrilegio, sino algo que hacía funcionar el mundo, que lo mantenía en movimiento.

En ese momento, su horror y su desesperación se convirtieron en tranquilidad. Con meticulosidad, dobló en cuatro todos aquellos pensamientos escritos, los cerró con un sello y los metió en una pequeña caja con cerrojo que había sobre su mesa. Luego escondió la diminuta llave en el cajón secreto del escritorio. Para terminar, cogió una hoja en blanco y escribió lo siguiente:

Reflexiones sobre la fuerza motriz del fuego

El calor es el responsable de los vastos movimientos que tienen lugar en la tierra. El calor causa las perturbaciones de la atmósfera, el ascenso de las nubes, la caída de la lluvia y los meteoritos, las corrientes de agua que abren canales en la superficie del planeta, de la cual hasta ahora el hombre ha utilizado una pequeña parte. Hasta los terremotos y las erupciones volcánicas son fruto del calor.

La energía no puede crearse (eso se lo dejamos al Creador, pensó Sadi, que creía en Él, aunque no mucho). Sin embargo, siguió garabateando con decisión, la energía tampoco puede destruirse. De ahí que nadie pueda ganar o perder. Más claro que el agua. Pero hay que saber cómo conformarse con lo que hay, con la fuerza viviente. Esta fuerza viviente (*vis viva*), escribió Sadi con la pluma deslizándose ahora a toda velocidad, puede adoptar constantemente nuevas formas, experimentar metamorfosis milagrosas, fluir de un lugar a otro. Así pues, esta es la fuerza motriz –Sadi no creía que fuera una sustancia–, la energía (*energeia*) que no muere sino que se transforma. Al llegar a este punto le embargó el malestar. ¿Quién demonios publicaría aquello, o lo leería, o se tomaría siquiera una sola letra en serio? En su imaginación, vio las obras de sus compañeros científicos en las listas de las más vendidas, mientras que su librito quedaba deteriorado por el polvo de las estanterías. Pero lo que lo asustaba aún más que el fracaso era la posibilidad de que lo acusaran de sacrilegio, *lèse majesté*, brujería o –y eso era lo más lo preocupaba– demencia. Había que afrontarlo, la Restauración no era amiga de los experimentos mentales y el libre flujo de ideas. ¿Acaso no lo echarían para siempre del ejército y su carrera de ingeniero se vería arrui-

nada? ¿Confiarían a otro sus precisos y concienzudos informes sobre los parapetos? Y ¿qué pasaba con los encargos cartográficos por los que tanto cariño sentía? ¿Acaso –solo un pensamiento– lo ejecutarían?

Desde que habían mandado a su padre al exilio, a Sadi lo consideraban un mero reserva, al que solo pagaban dos tercios de su sueldo. A aquellas alturas, tan solo podía confiar su vida al soberano (*Le Souverain*) y su ilimitada compasión. No podía permitirse correr ningún riesgo. En ese momento las imágenes de su sueño cobraron vida: notó el ardor abrasador de aquella llama salvaje y desenfrenada; vio los enormes esfuerzos, estudios, la experiencia y la poesía de siglos al acecho en el edificio en llamas que ahora quedaba expuesto y ardía orgulloso. Vio como su poder se derrumbaba hasta convertirse en nada delante de sus ojos. *Eppur si muove!*, gritó Sadi en medio de la noche negra y glacial, con su voz sorprendentemente fina, casi endeble, como un grito de batalla agudo. Cogió su pluma y retomó el hilo de sus pensamientos: la suma total de energía dentro de un sistema es constante. Sí, pensó Sadi, triunfante –*constant!*–, y se calmó en el mismo momento en que escribió la palabra. Pérdida, beneficio, derrota, victoria: todo llevaba al equilibrio. Es más, continuó Sadi, sin tener en cuenta cualquier posible consecuencia, si dos sistemas aislados entran en contacto, las energías de sus balances termales se estabilizarán tarde o temprano. Solo hay que esperar ese tarde-o-temprano, quedarse sentado quieto hasta que llegue ese día. Hasta entonces –por supuesto– todo empeoraría antes de mejorar (aunque –chist– ¿quién garantizaba que mejoraría?) Durante un tiempo, pasas por el escurridor, pero algún día todo volverá a encarrilarse.

Sadi escribió sin interrupción hasta la noche siguiente, y luego durmió dos días seguidos como un tronco. Se despertó al oír que alguien llamaba a la puerta con fuerza y urgencia. Aterrado, Sadi no tenía dudas de que habían venido a llevárselo en el carruaje con cortinas negras. Pero en el umbral se encontró con su joven amigo escritor quien, desaliñado y sollozando, se derrumbó entre sus brazos. ¡Ha muerto, Sadi! ¡El pequeño Léopold ha muerto! Sadi acompañó a Victor a la otra habitación, lo sentó en el gran sofá orejero donde le gustaba leer, le llevó un vaso de agua y lo

miró mientras bebía. Tranquilo, tranquilo, *mon ami*, venga, cálmate. Con un pañuelo de lino, Victor se secó las lágrimas que le caían de los ojos y por su ancha nariz gala. En el pañuelo había bordado un monograma: V.H.

Mientras Victor hablaba, Sadi comprendió de repente su sueño recurrente. El primogénito de Victor, le explicó, era el pequeño Léopold, así llamado en honor al padre de Victor, uno de los oficiales de Napoleón. Había padecido unas altísimas fiebres durante semanas mientras se debatía entre la vida y la muerte. La voz de Victor se había reducido ahora a un murmullo, y repetía: «Ha muerto esta noche». Sadi intentó consolarlo, pero ¿qué palabras de consuelo hay en una situación así? ¿Dónde está la fórmula adecuada? Había conocido a su joven amigo, que apenas tenía veinte años, unos años atrás en el casino de oficiales que Victor frecuentaba por asociación con su padre. La diferencia de seis años entre ellos no tenía ninguna trascendencia. Amistad, Vida, Muerte: eran palabras mayores. Y ahora, aquí, estaba una de ellas. Pero ¿dónde estaba la fuerza, el lenguaje, para la Muerte? Ambos hombres eran aún jóvenes e inexpertos. Sadi buscó palabras, pensamientos, gestos. Buscó la fuerza viviente que no podía crearse ni destruirse. Y abrazó a su amigo destrozado. Decidió contarle a Victor su sueño recurrente, la destrucción de Notre Dame de París; por fin comprendía exactamente lo que significaba. Era evidente que Victor se emocionó bastante mientras miraba a Sadi. Aunque a este no le bastó. Tiene que haber más, se dijo. En ese momento le dijo a su amigo, también en un susurro: «He escrito mi sueño, todo entero. Si quieres te lo puedo leer». Victor asintió.

Sadi se puso en pie, corrió las pesadas cortinas de brocado, se acercó al escritorio, cogió la pequeña llave del cajón secreto y sacó la cajita de madera tallada donde había escrito la hoja doblada. Rompió el sello y le leyó el sueño a su amigo. Victor absorbió las palabras de Sadi. Sus ojos recuperaron el color. Victor le suplicó: «Dámelo, Sadi. Si conoces a Dios, me lo darás». Sadi no conocía a Dios pero sabía que existía. Sería agradable tener una especie de fórmula para eso, también, pensó Sadi mientras le tendía su sueño a Victor, que introdujo la hoja doblada en el bolsillo interior de su abrigo, más o menos sobre su corazón. Cogió su

sombrero. *Mon ami. Adieu.* Algo parecido. Se abrazaron. Sadi lo vio marcharse y luego lo único que vio fue un murciélago que revoloteaba en su umbral.

Mientras Sadi se asoma a la ventana enrejada del segundo piso de un edificio amarillo, se acuerda de aquella noche de ocho años atrás, de aquella despedida, del murciélago. En su carta, Victor prometía estar allí a las cinco. Ahora son las cuatro y media, pero ya es negra noche. Ha esperado ocho años a que su amigo diera señales de vida, y sin embargo esta última media hora es la más difícil de sobrellevar. Entonces ve el carruaje negro que se acerca hacia él por el camino bordeado de árboles. Sadi ve que Victor tiene algún problema para bajar (ahora es un padre de cuatro hijos con una buena barriga, aunque aún no ha cumplido los treinta), con un grueso paquete bajo el brazo atado con una cuerda. «*Mon cher ami* –había escrito Victor–, por fin te traigo el manuscrito de mi novela, que se ha publicado este año. Te la confío a cambio de un pasaje. Guárdala, con mi gratitud. Aquí contigo estará a salvo.» Victor es una estrella, el *enfant terrible* de la literatura francesa, el *chouchou* europeo. Todo el mundo lee los libros de Victor; nadie lee el único volumen de Sadi. En su puerta está escrito: «Manía, Delirio, Prudencia». Lo que no está escrito: «Entropía, termodinámica, 2019, Cólera».